

Los folletines de **LAVOZ**
del Tajo

Una fábula roja

José M. Souza Sáez tiene varios libros publicados en italiano, siendo el más importante "El canguro que sabía tocar el biolín", premio a la crítica en Italia. Especialista en literatura infantil, ha sacado recientemente de las prensas "El laúd y el reno azul" de la editorial "La colmena".

"La cereza que no quería reírse" supondrá para el lector un breve cuerpo hecho de sabias notas sugerentes, ideales para entrar al sueño o a una certera satisfacción.

LA CEREZA QUE NO QUERÍA REÍRSE

—Soy Losdemás y te lo estoy diciendo a tí. Sí, sí, a tí que miras a tu alrededor unas veces con lástima y otras intentando comprender dentro de tu filosofía... ¿Te has fijado alguna vez en una cereza? : es como una pupila roja, elegante por su color y brillo; lo desafía todo y trata de dar al mundo un porqué generalizador acusándolo en la perfección de sus líneas... Verás...

En el reino de las cerezas no había más que máquinas, papeles, ambiciones, fracasos, experiencias de inexperiencias e inexperiencias de experiencias, es decir: juegos de palabras, gramática popular con la que las cerezas trataban de

comunicarse, pero se entendían porque eran del mismo color y recibían la misma luz, aunque, claro está, no en el mismo sentido: los brillos las hacían resultar agradables o desagradables: estaban en el mismo árbol y el verde de las hojas jugaba un papel importante como decorado de fondo: el árbol era su planeta y se componía de una organización histórica, donde también había máquinas para triturar cerezas, sin embargo ellas se reían hasta el extremo de crear una hendidura en su piel...

—¿Te acuerdas? Un día apareciste con un jersey rojo y una camisa completamente verde de la que dejabas ver el cuello. Parecías una cereza, pero precisamente la que no quería reírse.



Entre todas aquellas drupas había una que no estaba marcada en su mitad, no se reía, inunca se había reído!, pese a ello dejaba que las demás se rieran, ¿por qué no?, ellas reían sin saber por qué, ni para qué, ni de qué... Y ellas distinguían claramente todos los "qués":

—Porque de lo contrario no tendrían con qué engañarse

—Para que creyesen que

eran felices, y que nada les servía de nada.

—Ya sé que tú te ríes y que tus dientes son sanos: sólo con ellos te ríes porque no necesitas mentirme, porque puedes ser esa cereza....

Un día la cereza se dió cuenta de que era completamente redonda, de que le faltaba esa raya que produce sombra y crea dibujos con el sol y las lámparas. ¿Que pue-

do hacer para que no me descubran? —se preguntó varias veces— ¡Trazaré mi propia raya! . ¡Una raya elástica que aparezca y desaparezca a mi libre conveniencia! , pero ¿cómo puedo lograrlo

Tú tienes ya una gran parte de esa raya: sabes aceptar a tus semejantes. Por eso yo, Los demás, te acepto a ti, pero sin elasticidad... Te acepto frente a frente, dentro de tu soliloquio de miradas, asomándome clandestinamente a tu vida interior...

—Ya sé lo que haré: demostraré que puedo conseguir la marca de todas las cerezas, pero que no la necesito para vivir.

—¿Sabes lo que hizo nuestra cereza? : reírse de las risas y así consiguió su "raya elástica".

—¡Ay, cereza, quien pudiera reírse de las risas, ser colorada y completamente redonda! . Yo soy amorfo, y recojo todos los colores y al mismo tiempo soy todo lo que está contigo y lejos de ti a cada momento... Te saludo, cereza, y no olvides que me llamo Losdemás.

José M. SOUZA SAEZ.

(Viene de la pág. 11)

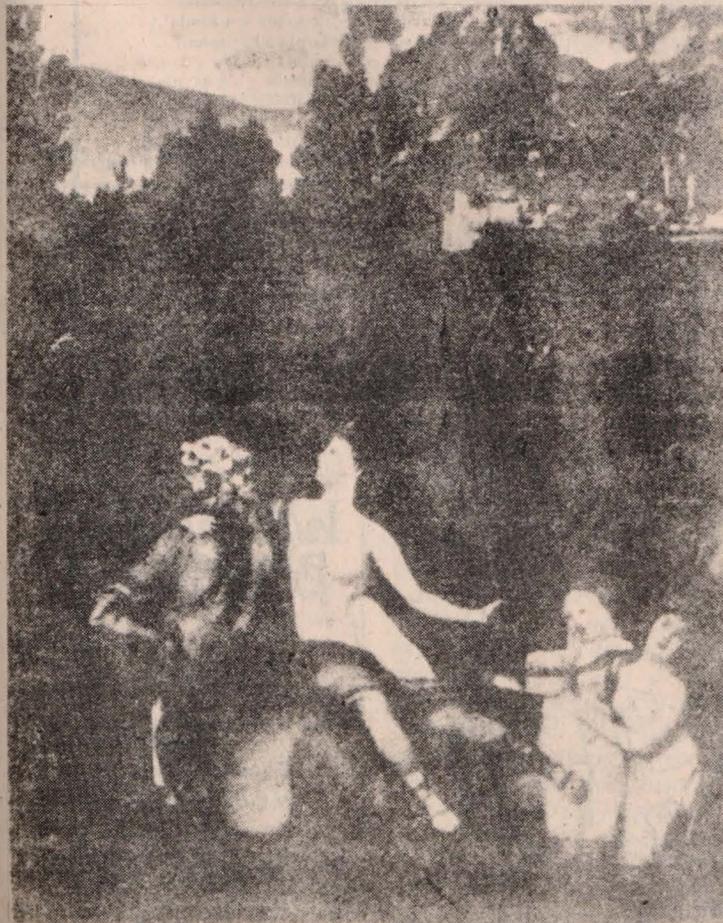
escenario al cementerio monástico por el que discurre el sepelio de un monje, como en su "Abadía en el Robledal", de 1.808, o su "Cementerio monástico en la nieve", de 1.819, son antológicas, en ellas une al sentimiento del paisaje, la impronta de una

profunda meditación sobre la muerte, entendida como "esa puerta que lleva a la Vida". Por eso Friedrich pintó más puertas de cementerios que interiores cuajados de cruces, pero cuando en los últimos años de su vida, siente tan próximo el fin, derrotado por la apoplejía que sufre,

pinta unos desolados cuadros, en los que el paisaje se transforma en desérticas llanuras, ante las que dispone los lapidarios símbolos de la Muerte: el buitre, que posado sobre el ástil de la pala clavada en la tierra, mira al interior de la fosa recién abierta, en su "Paisaje con sepulcros", o su yermo "Paisaje con sepulcro, féretro y búho", ambos de 1.837. Volviendo sobre Bocklin, y quizá tras haber tenido una visión de su propia muerte, pinta en 1.869 su autorretrato, donde un esqueleto se le cuelga sobre la espalda, comenzando un profuso programa de cementerios, esque-

letos, guerras y Pestes, y si Marcel Brion pensaba que eran presentimientos de su inminente fin, vivió el pintor hasta la edad de ochenta años, dándose incluso la anécdota de las fiestas que se celebraron en Basilea con motivo de su setenta cumpleaños. Así, pinta nueve versiones de "La Isla de los Muertos", y tras volver a Italia, donde se afincó definitivamente en 1.874, sigue pintando este tema, pero introduciendo en él elementos lingüísticos de raigambre *Sehnsucht*, refinándolo paulatinamente hasta el punto que habrá de cambiar

el título para ser ahora "Los Campos Elíseos". De nuevo la luz del romanticismo lánguido confirmaba la línea negra de Bocklin como un juego a ser el heredero de la antigua escuela; un auténtico camaleón. De hecho, sus visiones lúgubres jamás fueron comparables a la elegante profundidad de Caspar David Friedrich: la mirada hacia los hitos de la cultura autónoma, debido a la falta deliberada de originalidad, tan propio del *Kitsch*, convirtió aquellos destellos en convenciones a utilizar, estereotipos culturales, con los que construir macabros remedos.



Arnold Böcklin, "Los Campos Elíseos" (Detalle)

Núm. 5.—Saboneta (dos tapas y guardapolvo), remontoir, 19 líneas, extraplano, canto facetado y grabado fino. Ptas. 275
Garantía por 5 años

Núm. 6.—Saboneta (dos tapas y guardapolvo), remontoir, 19 líneas, con ricos grabados. Ptas. 350
Garantía por 5 años